

“TE LEO EN LOS OJOS EL RENCOR AFRICANO”. PÁNICO SOCIAL Y DESCONCIERTOS DEL DISCURSO LIBERAL EN *LA RECONQUISTA DE TALAMANCA*. NOVELA COSTARRICENSE

Alexánder Sánchez Mora*

RESUMEN

La novela *La Reconquista de Talamanca*, publicada por entregas en 1935, es un espacio textual privilegiado para el estudio de las contradicciones discursivas de una época de aceleradas transformaciones económicas, políticas y estéticas. Su construcción racista sobre los inmigrantes afrocaribeños que arribaron al país a fines del siglo XIX y principios de XX y sus descendientes costarricenses se mueve entre el racismo en boga y un discurso de pánico social que les atribuye un poder capaz de destruir la Costa Rica blanca del discurso identitario nacionalista.

Palabras clave: literatura costarricense, novela de la plantación bananera, Caribe, interdiscursividad, discurso nacional.

ABSTRACT

The novel *La Reconquista de Talamanca*, published in sections in 1935, is a privileged textual space for the study of discourse contradictions of an epoch of accelerated economic, political and aesthetic transformations. Its racist construction about Afro-Caribbean immigrants who arrived in the country towards the end of the XIX Century and beginning of the XX Century, and their Costa Rican descendants, moves between the racism en bogue and a discourse of social panic that confers them the power to destroy the white Costa Rica of nationalist identity discourse.

Key Words: Costa Rican literature, banana plantation novel, Caribbean, interdiscursivity, national discourse

1. La relevancia de una olvidada novela por entregas

A pesar de que este coloquio nos ha convocado a intercambiar opiniones sobre la generación de 1940, me voy a permitir compartir con ustedes un fragmento de una investigación mayor¹ sobre un texto que no pertenece a dicha compartimentación literaria, pues fue escrito

y publicado en 1935, pero que representa un punto de inflexión entre un momento y otro de la historia literaria costarricense. Esta novela, *La Reconquista de Talamanca* (LRT), es un espacio privilegiado para estudiar la década de 1930, esto es, la coyuntura histórica que abriría las puertas a la construcción de la Costa Rica contemporánea. Sin embargo, excepción hecha de algunas figuras mayores como José Marín Cañas y Max Jiménez,

* Profesor de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la Universidad de Costa Rica.
Recepción: 27/8/07 - Aceptación: 30/8/07

no ha recibido la atención merecida y aún es muy poco lo que se conoce sobre aquella. En ese contexto, interesa *La Reconquista de Talamanca* como novela de transición entre un período literario y otro: en ella confluyen las preocupaciones temáticas y estilísticas de las generaciones del Olimpo y del Repertorio Americano, y se anuncian otras más propias de la novelística social de los años cuarenta. Este texto se arma en una sociedad costarricense agitada por la veloz transformación de un modelo liberal ya casi agotado; en tal sentido es un índice de las inquietudes y contradicciones de ese discurso liberal en disolución y de discursos emergentes, literarios y no literarios, que luchaban por sucederlo.

Esta novela anónima fue publicada por entregas, desde el 27 de marzo hasta el 15 de abril de 1935, en el diario *La Hora*, cuyo director era el novelista José Marín Cañas y que se caracterizaba por un estilo innovador y polémico. A pesar de que una nota inserta en el periódico la víspera del inicio de las entregas anunciaba que se daría a conocer la identidad de su autor una vez que estas concluyeran, la promesa no se cumplió. A esta circunstancia se suma el hecho de que el texto pasó desapercibido para el resto de la prensa del momento y, desde entonces, para la historiografía literaria costarricense.

2. La constitución discursiva de una Costa Rica “blanca”

“Esta vez el negro tuvo que sentarse a reír. Con las manos se apretaba el estómago; las carcajadas le sacudían la espalda y su boca se abría enorme, descubriendo dos hileras de dientes blanquísimos”. Ricardo Fernández Guardia, *El ahorcado*.

La modelización de la nación en Costa Rica requirió, según Palmer (1995: 75), de tres acuerdos tácitos. En primer lugar, que la población costarricense era homogéneamente blanca;² en segundo término, que esa raza era idónea para seguir el “camino de la prosperidad y la modernidad”; y, por último, que la comunidad nacional requería de la intervención del Estado para asegurar su

pureza y su crecimiento. Estos aspectos implican la configuración de un “nosotros”, un sujeto de la identidad que es caracterizado con marcas positivas, y una otredad signada por su condición de inferioridad y que cobija por igual a indígenas, negros y asiáticos, y la definición de estos grupos como contrarios a la “cultura” y el “progreso”, un verdadero lastre para el triunfo del proyecto civilizador de los liberales. Asimismo, plantea el papel activo y esencial que deben desempeñar las estructuras del Estado moderno en la consolidación de dicho proyecto.

En este artículo solo se considerará cómo circula en la superficie significativa de *La Reconquista de Talamanca* –en forma compleja y contradictoria– uno de los discursos que explicitan los supuestos que actúan como acuerdos de base para la definición de una idea de nación. Por ello, el análisis se centrará en el discurso sobre los negros y se dejará de lado la consideración de los otros interiores: los indígenas y las mujeres.³

La Reconquista de Talamanca expresa la ambivalencia característica del discurso nacional de la oficialidad liberal respecto de la población negra del Caribe. El joven Estado costarricense, en camino ya de proclamar su homogeneidad blanca, pronto determinó su intención de precaver cualquier posible contaminación del organismo nacional, de allí que la Ley de Bases y Colonización de 1862 prohibió la entrada al país de “razas africanas y chinas”. Se buscó promover la inmigración deseada, es decir, europea, mediante una serie de contratos de colonización que, invariablemente, fracasaron.⁴ Sin embargo, en forma simultánea y con la connivencia de esas mismas autoridades estatales, se inició una inmigración masiva de antillanos.⁵ Esta aparente paradoja encuentra su explicación en las condiciones de la economía política de finales del siglo XIX que, sobre la base de un flujo internacional de capital y mano de obra, permitieron el funcionamiento de las economías agroexportadoras (Putnam, 1999: 151). En otros términos, la presencia negra fue tolerada como un “mal necesario” que venía a suplir la carencia crónica de mano de obra que pudiera hacer frente a la realización concreta del ideario liberal del progreso que, en la región del Caribe centroamericano, se expresó en

la construcción de ferrocarriles, la aparición de las grandes plantaciones bananeras y la empresa de apertura del canal interoceánico (Alvarenga Venutolo, 2 y 11; Murillo Chaverri, 1995: 68). La formación discursiva liberal, en consecuencia, encuentra un espacio de contradicción entre su imagen de la nación blanca que debe permanecer incontaminada por la ausencia de contacto con razas inferiores y, por otra parte, su ideal de progreso económico, cuya persecución contempló el ingreso de las compañías transnacionales.⁶ Las necesidades económicas de estas se impondrían finalmente, pero no sin producir excedentes que, a modo de fisuras, corroían la cimentación del proyecto liberal. Los liberales, en efecto, toleran la permanencia de una importante población afrocaribeña para la construcción del ferrocarril y, luego, para el trabajo en el enclave bananero, pero convierten todo Limón en zona de exclusión ajena a la identidad nacional. Y esto, a su vez, genera tensiones que afectan la legitimidad del Estado nacional: constituir la región del Atlántico como frontera interior para salvaguardar la pureza nacional, significa renunciar al ejercicio de la soberanía sobre una parte del territorio de ese mismo Estado y su entrega a lógicas retadoras (la compañía transnacional y sus servidores negros). La representación del espacio nacional como reducido al Valle Central, al tiempo que se suprimen las otras regiones, fue una estrategia efectiva, pero a la larga problemática para el propio discurso nacional.

3. “El rencor africano”: el discurso sobre los negros en *La Reconquista de Talamanca*

—¡Perro idiota! ¿Por qué no me dijiste eso a tiempo?; ahora es tarde. Guardaste el secreto deliberadamente. Te leo en los ojos el rencor africano. ¡Mal agradecido, mal nacido...!
Anónimo, *La Reconquista de Talamanca*

El discurso que se construye en torno a los negros es uno de los más conflictivos en *La Reconquista de Talamanca*; incluso, se puede

adelantar que es el de mayor influencia en la resolución final de la diégesis y el que, por esa misma clave, más revela en cuanto a las angustias del discurso liberal sobre la nación costarricense en la década de 1930. Se iniciará su estudio a partir de la construcción de Walton, único actante negro de relevancia en la novela.

La descripción física de Walton, el principal personaje negro, ofrece una caricatura grotesca, principalmente construida a partir de rasgos hiperbólicos. La voz narrativa es la responsable de presentar una imagen disminuida y repulsiva de este hombre que, por lo demás y a pesar del trato denigrante de que es objeto, goza de una posición de cierto prestigio dentro de la jerarquía laboral en su calidad de asistente personal del administrador de la plantación bananera. La primera imagen de Walton lo presenta en una situación de subordinación ante Porfirio Rojas, su jefe blanco: “En cumplimiento del mandato, el antillano salió arrastrando con presteza las piernas zambas y pesadas” (LRT, 2006: 4). La exclusión de los negros de la comunidad nacional costarricense está marcada muy claramente por la enunciación del gentilicio regional “antillano” que los identifica como otro exterior, ajeno incluso por su estatus legal de extranjería.⁷ La parte inferior del cuerpo de Walton es dibujada de manera tal que ofrece la idea de ser contrahecha. “Zambas” califica las extremidades como arqueadas, deformes, y “pesadas”, con el significado de lentas, remite a falta de agilidad, pero también llega a connotar carencia de elegancia y, por extensión, de educación. El gerundio “arrastrando”, aplicado a su desplazamiento, connota, además de servilismo, movimientos animalescos. Su figura adquiere, así, ribetes de deformidad física y animalización, lo cual lo distancia de la condición humana.

El narrador continúa, mediante el recurso a la hipérbole, la degradación del negro. Una serie de términos enfáticos y expresiones exageradas contribuyen a tal proceso: “lanzando una estrepitosa carcajada que le desgarró la boca de oreja a oreja y le desparramó la chata nariz por los pómulos” (LRT, 2006: 6), “abriendo la boca como un gajo de sandía” (LRT, 2006: 48), “sus ojos, destacando lo blanco sobre la tez oscura, giraban en las órbitas sin detenerse un momento”

(LRT, 2006: 54). Todo en Walton es desproporcionado: la risa estruendosa, el tamaño de su boca y de su nariz, el movimiento de los ojos.

El uso de los verbos “desgarró” y “desparramó”, aplicado a las expresiones faciales de Walton, es muy significativo. Desgarrar significa rasgar, es decir, “Romper o hacer pedazos, a viva fuerza y sin el auxilio de ningún instrumento, cosas de poca consistencia, como tejidos, pieles, papel, etc.” (DRAE, 1991: 1899), en tanto que desparramar denota “Esparcir, extender por muchas partes lo que estaba junto” (DRAE, 1991: 796). Ambos verbos se relacionan por su matriz significativa originaria de destrucción de un orden anterior, lo que conduce a una connotación de violencia y caos. Homi Bhabha (2002: 91) ha señalado que, justamente, el desorden y la degeneración son parte de la construcción ideológica de la otredad dentro del discurso colonial. El empleo, evidentemente peyorativo, de tales formas verbales en referencia a los rasgos de la cara propicia, entonces, la destrucción de las facciones humanas y su sustitución por una máscara deforme y repulsiva. “Quien habita otro mundo no puede ser mi semejante”, señala Cros (2003: 42) en cuanto a la construcción de la alteridad de los indígenas americanos por parte de los europeos. Walton, los negros, son construidos a partir de su separación violenta –carga semántica implícita– de las marcas de humanidad impresas en el rostro. Los semas de lo monstruoso, de lo satánico, se hacen presentes en la definición de este sujeto colonial, pues con ellos se intenta aprehender, reducir a lo cognoscible, aquello que se manifiesta como transgresión del orden reconocido, es decir, como alteridad.⁸

El trato que Walton recibe de Porfirio Rojas da cuenta de su degradación. El jefe blanco, un colombiano del valle del Cauca, no solo define su autoridad sobre la base de distancias sociales, laborales y étnicas, sino que siempre lo hace en forma despectiva y violenta: “Volviéndose al negro que lo seguía, en tono autoritario y con ademán imperioso, ordenó...” (LRT, 2006: 4); “-Oh, pshaw... negro estúpido! –rugió el Administrador de ‘La Isabel’; si vuelves a despegar esos labios asquerosos para decir impertinencias te rajaré la cara a latigazos” (LRT, 2006: 4); “volviéndose al

negro le ordenó...” (LRT, 2006: 33); “- A buscarlo; nada de explicaciones; cada día se hace usted más imbécil... – A buscarlo bestia. ¿No entiende todavía?” (LRT, 2006: 36); “Walton se colocó frente a su patrón, quien lo hizo a un lado despectivamente...” (LRT, 2006: 37); “Porfirio Rojas llamó con un grito imperativo al negro y le ordenó en tono seco y autoritario...” (LRT, 2006: 50). Walton antes había sido animalizado por la voz narrativa y ahora también sufre el mismo ciclo degradatorio por parte de Porfirio Rojas: es “estúpido”, “imbécil” y, por último, “bestia”. Esta negación de toda inteligencia viene a justificar las maneras imperiosas con que reiteradamente Rojas le da órdenes (pues nunca dialogan) y que son las apropiadas para el sometimiento de los animales.

La etopeya, caracterización moral del negro, no resulta más halagüeña. Walton, en apariencia servil y carente de voluntad propia, en forma progresiva se va construyendo como un personaje totalmente amoral. La novela opera una desvalorización *in crescendo* del personaje. Aunque sus apariciones son esporádicas y breves, Walton es uno de los personajes de los cuales se conoce más. A medida que avanza la diégesis, se le conceptúa como hipócrita: con sus palabras niega el adulterio de Porfirio Rojas y Ana Teresa López, al tiempo que lo confirma con sus gestos;⁹ taimado: relata estos hechos al marido burlado, pero se asegura de que éste no lo delatará;¹⁰ pusilánime: siente temor de la posible reacción de Porfirio Rojas, si éste se llega a enterar de sus infidencias;¹¹ traicionero, vengativo y violento: instiga el asesinato de Porfirio Rojas.¹²

Si la propuesta novelesca se limitara a la construcción de un personaje como Walton, que condensa los rasgos de inferioridad atribuidos a los negros, se estaría meramente ante una ficcionalización que asume, casi en forma especular, la formación discursiva racista predominante en la época. Pero el tejido narrativo es un espacio de contradicción en el que el proyecto autorial, fiel al nacionalismo étnico, se ve controvertido por zonas conflictivas que debilitan su monofonía. Bajo la incisiva y redundante desacreditación de Walton, entonces, se insinúan algunos de los temores que se esconden, a manera de excedentes, tras la apariencia monolítica del discurso racista.

El grupo negro, en la superficie el más marginado y vilipendiado, detenta un poder que no se percibe a primera vista. Su asociación evidente con el poder, por su aceptación silenciosa e inmediata de la violencia jerárquica, se da en calidad de subordinados, serviles, lisonjeros, pero en el fondo ejercen un control imprevisto que proviene de su cercanía a él. De hecho, son los únicos personajes en la novela que reciben el calificativo de “criados” (LRT, 2006: 22 y 32). Este discurso oficial sobre la docilidad de la mano de obra negra se extendió durante las primeras décadas de la producción bananera como forma de legitimación de su ingreso a Costa Rica. A partir de la crisis que afectó el sector en la década de 1920 y que desembocó en el abandono de las plantaciones de Limón por parte de la compañía frutera durante la década de 1930,¹³ esta sumisión dejó de tener un signo positivo y fue estigmatizada: el negro pasó a ser un instrumento ciego de la transnacional, se resaltó su situación privilegiada dentro de la jerarquía laboral¹⁴ y se le consideró una competencia desleal para los trabajadores “blancos” costarricenses.¹⁵

Walton, en apariencia poco más que una figura comparsa, deviene, en realidad, el eje de toda la diégesis, el poder que tras bambalinas manipula el destino de los personajes blancos. La clave del poder de Walton es su asociación con la fuente misma del poder, en este caso la jerarquía de la transnacional, lo cual le permite acceso a información fundamental en la vida de los demás. ^P Básicamente, son cuatro los momentos en los que Walton emplea ese conocimiento en forma tal que determina el rumbo de los acontecimientos más relevantes hasta conducir al desenlace trágico:

a) Revela a Óscar González la infidelidad de su esposa, Ana Teresa López, con su jefe, Porfirio Rojas. González siente “un profundo asco por el negro insidioso y maldeciente”, pero reconoce la exactitud de la confidencia. Desde ese momento se dispone a “disimular, acechar y... saborear en su oportunidad la venganza dulce y reconfortante” (LRT, 2006: 49). Las sospechas que Walton ha despertado en él tendrán efectos sobre los demás, tanto así que Porfirio dice

a Ana Teresa: “Calla, viene tu marido. Ese hombre sospecha... no sé por qué presagio” (LRT, 2006: 48). En su agonía, Porfirio no llega a intuir ni siquiera la responsabilidad de Walton, sino que, de inmediato, piensa en Óscar González como su posible asesino: “-Tu marido... Perdóname... -logró apenas decir, casi imperceptiblemente” (LRT, 2006: 52).

b) Conoce y calla los detalles que permitirían a Porfirio Rojas conocer el carácter incestuoso de su relación con Ana Teresa. Walton, ante la imposibilidad de Porfirio de abandonar la plantación, acompañó a Isabel a Puerto Limón cuando debía dar a luz. Allí presenció la muerte de Isabel, como consecuencia del parto, y, antes, cómo esta entregó la niña recién nacida en adopción. Él fue el encargado de transmitir a Porfirio la última voluntad de Isabel: “Ella decir siempre quererlo a usted; pero chiquita más contenta con gente de la ciudad, que con usted hombre de la montaña. La señora rogar a usted no la busque, que la deje feliz” (LRT, 2006: 33).

Años después, cuando ya Ana Teresa y su esposo han llegado a la finca ‘La Isabel’ y aquélla ha iniciado su relación amorosa con Porfirio, Walton se entera, gracias a la información que le proporciona “un paisano suyo” que trabajó en el hospital de Limón, del verdadero origen de Ana Teresa:

“Ana Teresa no era en realidad hija de don Casimiro y doña Ana López. Agonizante en el hospital de Limón la viuda del maestro de escuela Alcides Vega, la bella Isabel de los amores de su adolescencia, le hizo entrega a ese matrimonio, temblando de emoción, de la recién nacida, una redonda bolita de carnes blancas y sonrosadas que ellos, ayunos de hijos, recibieron y criaron como retoño propio” (LRT, 2006: 51).

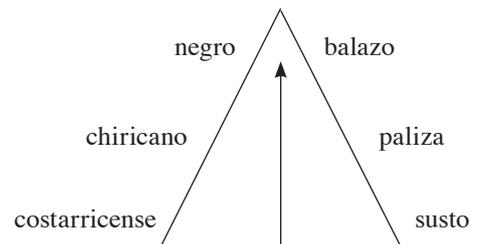
La reacción de Porfirio Rojas al conocer la verdad es brutal en su ensañamiento contra Walton: “- ¡Perro idiota! ¿Por qué no me dijiste eso a tiempo?; ahora es tarde. Guardaste el secreto deliberadamente. Te

leo en los ojos el rencor africano. ¡Mal agradecido, mal nacido...!” (LRT, 2006: 51). Para el lector no es posible atribuir a Walton una intención premeditada, un plan de reservarse la información que habría permitido evitar el incesto con la intención de perjudicar a su jefe; al menos, la novela no ofrece ninguna pista en tal dirección. Por el contrario, la única explicación que ofrece el narrador es que Walton “siempre calló por temor a su amo” (LRT, 2006: 50). Pero lo más importante es que Rojas sí ve alevosía en el silencio de Walton y lo interpreta como expresión del carácter malévolo de los negros, como la rebelión del esclavo que intenta destruir a su amo blanco. La expresión “rencor africano” remite al circuito comercial esclavista que convirtió a los negros africanos en mercancía, “piezas de Indias”, y que los maleó definitivamente al haber sembrado en ellos el rencor por haber sido esclavos. Ese “rencor africano” parece ser una marca de nacimiento que convierte a los negros en un peligro latente para los blancos; en este caso, según Porfirio, se expresó en el empleo abusivo que hizo Walton de la información que poseía con el propósito de destruirlo. Tuviera o no razón en su análisis de las motivaciones para el silencio de Walton, lo cierto es que la omisión de éste y su posterior acción es lo que posibilita el desarrollo de la relación adúltera y, simultáneamente, incestuosa. El conocimiento que Walton reserva y comparte es el que domina la trama, y la furia de Porfirio Rojas, en buena medida, proviene de saber que su destino se ha jugado en las manos de su “criado” negro.

- c) Decide la muerte de Porfirio Rojas. Tras la paliza que el administrador propina a Walton,⁹ éste se une a un par de trabajadores descontentos, un chiricano y un costarricense, que desahogan su malestar en contra del administrador de la plantación. Estos tienen agravios concretos contra Porfirio Rojas: a Luz, su antigua amante, la

“arrojó de su casa como a una perra sarnosa”, golpeó en la cara al costarricense “un día que le pedí un favor” y les obliga “a trabajar más que en otros puntos, con el pretexto de que ‘La Isabel’ tiene que ir siempre a la cabeza” (LRT, 2006: 54 – 55). Y Walton añade: “Supieran lo que yo sé de ese hombre. ¡Da miedo! Es malo, siempre malo “añadió el negro...”. El conocimiento personal que Walton ha tenido de Rojas durante tantos años, más de veinte, la vaguedad de la acusación y el hecho de que minimiza los restantes agravios referidos, mueve a los interlocutores a concebir a Rojas como un verdadero monstruo capaz de cualquier maldad. Por ello, el cargo indeterminado que lanza Walton es más fuerte y efectivo que los específicos y verificables de sus compañeros.

La influencia determinante del personaje negro se constata al decidir cómo manifestarán su repudio hacia su superior. El costarricense propone darle “un susto”, el chiricano prefiere algo más fuerte, “una paliza”, y, por último, Walton piensa en una solución radical: “Un balazo es lo que se merece esa fiera “remató el negro” (LRT, 2006: 51).



Esta jerarquización de la violencia no es casual, sino que responde a un imaginario en el que lo blanco es asociado con la civilización y la resolución pacífica de conflictos, en tanto que lo mestizo y lo negro se vinculan con la barbarie. El personaje blanco (costarricense) propone una venganza bajo la forma de una violencia psíquica limitada, el mestizo (chiricano)¹⁸ una violencia física limitada y el negro una violencia física ilimitada.

Una vez más, Walton hará uso de la preciosa información que su vínculo con el poder le ha deparado; él es quien decide cuándo, dónde y cómo acabar con la vida de su jefe: “...pasado mañana; yo oí de casualidad esperar en el puente del ‘creek’ Palmira a las dos de la tarde a la ‘macha’. En la curva aguardarlo nosotros” (LRT, 2006: 51). De esta forma, Walton se ha convertido en el principal instigador y planeador del homicidio de Porfirio Rojas, quien, a lo largo de toda la narración, había ejercido un poder omnímodo, en especial sobre el propio Walton.

- d) Aclara, presuntamente, el incesto a Ana Teresa. Tras haber sufrido el ataque de los tres trabajadores emboscados, las últimas palabras del agonizante Porfirio Rojas para Ana Teresa son: “Soy tu padre..., pregúntaselo a Walton... ¡Maldición de Dios!” (LRT, 2006: 52). La remisión a Walton como instancia de conocimiento refuerza el poder que ha desempeñado en la vida de los personajes blancos. El “criado” negro se ha introducido en la estructura del poder, lo cual se palpa en la conformación de estos sintagmas oracionales: el dominio epistémico de Walton se incrusta entre la figura paterna familiar y la figura paterna divina. Padre y Dios son representación de la autoridad máxima de la sociedad patriarcal, pero en este caso, ante un padre que muere derrotado y un Dios castigador y distante, la figura que se yergue como fuente de la verdad es la del subordinado negro.

El estudio del *perfecit* (Sánchez, 2006:) arrojó la constatación de una parodia del ritual esperanzador de la lamentación bíblica, en el que uno de los componentes fundamentales es la suplantación de la figura del enunciador: en lugar de un sujeto nacional costarricense, se trata de un “jamaicano”, un otro exterior. Esta situación representa la perversión del entero ritual de confesión, arrepentimiento,

penitencia y ruego de misericordia que abriría la senda de la regeneración futura. De nuevo, la presencia de un negro en una posición de poder se concreta en una amenaza para la imagen de la Costa Rica blanca.

“Frente a ella unas familias de negros, entre líos de ropas, trebejos y utensilios de labranza, parlotearon sin cesar. Uno de los jamaicanos abrió al azar una Biblia mugrienta que llevaba sobre las sucias rodillas y deletreó con dificultad, en voz alta y tono quejumbroso, en “Las Lamentaciones de Jeremías”, unos versos truncos que el viento se llevó” (LRT, 2006: 55).

En este pasaje final, el ferrocarril se aleja del valle de Talamanca; es parte del “éxodo” masivo que abandona la tierra exhausta y enferma. En él se marcha una “joven blanca”, a todas luces Ana Teresa, y la “contracción dolorosa de su rostro denotaba el más profundo abatimiento”; frente a ella “unas familias de negros, entre líos de ropas, trebejos y utensilios de labranza, parlotearon sin cesar” (LRT, 2006: 53). El contraste entre la derrota de la mujer blanca y la vitalidad de las familias es muy fuerte, y a partir de él es posible constatar la presencia de los siguientes pares opositivos:

Ana Teresa	/	Familias de negros
individualidad	/	colectividad
silencio	/	charla
disforia	/	euforia
huída	/	permanencia

El proyecto autorial, que se hace eco del discurso racista, parte de la constitución de la nación costarricense, no es una entidad monolítica. Todo lo contrario, a despecho de la *intentio auctoris* en el espacio textual se materializan contradicciones que enriquecen las posibilidades significativas. En *La Reconquista de Talamanca*, uno de los más interesantes excedentes es el que aquí se ha identificado y que revela el gran temor hacia lo que se percibe como el “poder” de quienes son tachados de “inferiores raciales”, el cual vendría a poner en peligro la subsistencia de la comunidad nacional.

4. Conflicto social, racismo y literatura

Para comprender esta tesis sobre un pretendido “peligro negro”,¹⁹ se requiere considerar las transformaciones económicas y sociales de las décadas de 1920 y 1930, tanto en la costa Atlántica como en el resto del país. La United Fruit Company experimentó una situación económica difícil a partir de la segunda mitad de la década de 1920 y que alcanzó su punto máximo durante los años treinta. A raíz de esto la oferta laboral de la compañía transnacional se redujo y los trabajadores pagaron las consecuencias. Según Casey, esto se tradujo en una creciente oleada de racismo en contra de los negros, quienes, por primera vez, fueron considerados por los trabajadores hispano-mestizos “como una competencia para los escasos puestos existentes” (Casey, 1979: 128; Acuña Ortega, 1994: 156). En ese momento, los cargos contra los negros no se limitaron a los aspectos meramente laborales, sino que encontraron fundamento en su supuesta degeneración racial e inmoralidad sexual (Putnam, 2002: 41). En la prensa del momento es frecuente encontrar declaraciones como las de Sara Casal, directora de la *Revista Costarricense* y dirigente de la Liga Feminista, para quien era preocupante que la nación no se defendiera “contra la mezcla de su raza”, como sí lo hacían las “grandes naciones”, lo que parece ser una alusión laudatoria a los programas de discriminación racial y eugenesia fascistas: “Si las razas inferiores a la nuestra no nos dejaran nada, menos mal, pero nos dejan sus vicios, sus enfermedades, sus degeneraciones y una raza que debilita a la nuestra” (Casal, 1934: 401 – 402).

Las peticiones para expulsar a los negros del país y para excluirlos del mercado laboral se sucedieron y alcanzaron su mayor efecto práctico con las contrataciones bananeras de 1934, las cuales prohibieron el traslado de los negros a las nuevas plantaciones de la costa del Pacífico. Alvarenga matiza más el asunto al precisar que “no creemos que el racismo y la xenofobia surgieran como productos automáticos de la creciente competencia entre los grupos étnicos en el mercado laboral” y que lo que parece haber sucedido es que los sectores populares integraron en sus prácticas

discursivas el discurso oficial racista preexistente (Alvarenga Venutolo, 16).²⁰ El Estado, por su parte, también se sumó al movimiento racista de estos años. Antes de 1930, el Estado había tolerado la inmigración no deseada, especialmente la de negros, por cuanto no podía permitir la movilización hacia el Caribe de la mano de obra que se requería en el Valle Central para la cosecha cafetalera. Pero la crisis de la década de 1930 provocó el incremento del desempleo en el centro del país y el gobierno, para tratar de paliar la situación, buscó redistribuir la fuerza laboral en otras regiones; éste fue el detonante para variar la política de tolerancia (Alvarenga Venutolo, 18).²¹ Al decir de Jiménez, la compleja trama política y discursiva del mundo caribeño dista mucho de la estabilidad y la segregación racial oficial “tiene ritmos y treguas que responden a las coyunturas económicas y a las necesidades de promover o boicotear demandas y movimientos obreros y políticos” (Jiménez Matarrita, 2002: 198 –199).²² Esto explica las aparentes ambivalencias del racismo costarricense.

Dentro de este marco general, no resulta extraño que la novela ofrezca, mediatizada discursivamente, una imagen de las tensas relaciones raciales del momento.²³ Lo interesante, cabe repetir, es el grado de angustia que rebasa los límites mismos del proyecto autorial. Difícilmente se aceptaría en forma explícita que la presencia negra produce tal desconcierto y aun menos se le atribuiría tal poder sobre el futuro del país; sin embargo, en forma subrepticia, el personaje negro, Walton, pintado por la autoridad narrativa como servil y despreciable, astuto y rencoroso, rompe ese ámbito de marginalidad y controla la economía de la significación hasta provocar el desenlace fatal para sus, en teoría, “superiores” raciales y espirituales. La novela reelabora, en el terreno de la ficción literaria, los discursos de “pánico social” que la presencia negra provocaba en ciertos grupos de poder, quienes, en términos similares a los empleados por la señora Casal, ligaban a los negros con “enfermedades como la sífilis, la lepra y la tuberculosis” y los consideraban “propensos a la locura y funestos para el orden social por viciosos y criminosos” (Jiménez Matarrita, 2002: 200).

5. La descatalogación de una novela problemática

“...cierta literatura fue desterrada del canon por no ajustarse a las pretensiones de los críticos, por no ser didáctica, por no ser terrestre, como el alma nacional. Si bien el alma nacional es terriblemente mezquina, ignorar es la peor de las faltas de la sociedad costarricense, ignorar a los poetas transterrados, a los suicidas, a aquellos que se callaron porque el silencio es un ataúd de enredaderas”.

Cristián Marcelo Sánchez,
Las esferas de la memoria.

La invisibilización, el silencio crítico, la exclusión del canon, la descatalogación, o cualquier otra denominación que se emplee para identificar este fenómeno, no es un hecho extraño a la historia literaria costarricense. Diversos textos –y escritores– han sido sometidos a una especie de ostracismo intelectual que los relegó a los márgenes de la cultura literaria costarricense. Uno de tales casos es el de *La Reconquista de Talamanca. Novela costarricense*.

Su aparición en *La Hora* pasó prácticamente inadvertida para la crítica periodística y tampoco fue tomada en cuenta por la historiografía literaria. Considerar que este círculo de silencio, que determinó su exclusión del canon de la literatura nacional, tiene su origen exclusivo en una supuesta escasez de méritos estéticos del texto, no es una explicación suficiente ni satisfactoria. Las líneas de investigación seguidas a lo largo de este trabajo llevan a concluir que la novela no se ajusta a ninguna de las matrices discursivas vigentes en la época de su enunciación, sino que las recompone en una combinatoria que resulta insatisfactoria para todos los grupos sociales. Este carácter de texto de transición no satisfizo el horizonte de expectativas de la comunidad de lectores y ello determinó su invisibilización por parte de la crítica. Para resumir, la visión disfórica, catastrofista, de la realidad costarricense –en la medida en que niega toda posibilidad de regeneración– que la novela construye resultó intolerable para el horizonte de expectativas vigente, lo cual determinó el silencio que

la rodeó en su primera y única circulación. En términos de Gadamer, la novela no respondió las preguntas de sus lectores contemporáneos; por el contrario, su distancia estética respecto del horizonte de expectativas asumió la forma de defraudación (Rothe, 1987: 17).

La interdiscursividad presente en la novela muestra, desde la perspectiva liberal, una realidad sobrecogedora en relación con la imagen de los costarricenses, el papel de los negros en el país, la función de la educación y la soberanía nacional. Esta imagen catastrofista de la realidad nacional es una condensación de las angustias que atraviesan el discurso liberal de la década de 1930. La diégesis novelesca atribuye a la población negra poder de vida y muerte sobre los blancos, a tal punto que estos –detentadores del poder nominal– acaban por parecer supeditados a aquella. Pero el discurso de pánico social que se revela en el texto literario no se funda en exclusiva en la “amenaza negra”, sino que integra otras variables discursivas. En primera instancia, la mujer costarricense es dibujada como un ser inmoral, desestabilizador de la familia patriarcal, y el hombre como un guiñapo risible, sin fuerza de voluntad, verdadero cómplice de la fácil conquista sexual del varón extranjero. La soberanía nacional, entendida como el ejercicio efectivo del poder sobre todo el territorio por parte del Estado, desaparece ante la desidia de este que claudica sus prerrogativas ante la compañía transnacional; en forma paralela, lo anterior significa la supeditación del ideal del progreso a los designios de dicha compañía. La educación, piedra angular del proyecto de Nación, por ser la encargada de diseminar el discurso identitario, fracasa a causa de la dupla inmoralidad sexual –debilidad espiritual de las mujeres y los hombres costarricenses.

La única referencia crítica de la que existe constancia sobre *La Reconquista de Talamanca*, vertida en una publicación periódica católica, muestra que fue considerada inmoral por los conservadores.²⁴ Es por ello que puede suponerse que una de las circunstancias que promovieron la condena e invisibilización de la novela es que, en buena medida, su crítica de la nación costarricense no se sitúa en el campo político,

sino en uno que es particularmente irritante para la sensibilidad del discurso liberal: el sexual y familiar. Ya con anterioridad otras novelas habían planteado sus cuestionamientos políticos mediante el empleo metafórico de lo sexual (tal es el caso de *El problema* de Soto Hall, *El primo* de Jenaro Cardona y *El árbol enfermo* de Gagini), pero siempre bajo la forma de un juego de seducción en el que la mujer costarricense sucumbía ante el asedio del extranjero conquistador. En *La Reconquista de Talamanca* se gesta una profunda transformación: la fase de galanteo se reduce al mínimo, se incrementa la sensualidad y la ligereza de la mujer costarricense, y el entero conflicto amoroso deviene en incesto, un fenómeno particularmente odioso para el discurso moral de la época.²⁵

El tratamiento del tema político fue otro motivo de choque respecto de los discursos políticos en circulación en ese momento. Para los liberales, la novela representó una crítica implícita al modelo de desarrollo impulsado desde finales del siglo XIX, puesto que denuncia la crisis de la familia patriarcal, el fracaso del sistema educativo, el creciente poder del capital foráneo y la impotencia de las instancias gubernamentales para controlar efectivamente el territorio nacional. En forma irónica, para los intelectuales más radicales la novela debió de ser vista como una producción textual de orientación política conservadora, puesto que reduce a una mínima expresión la conflictividad social, elimina su componente estructural y colectivo, y la diluye en un juego de traumas, ofensas y venganzas de carácter individual. Lo anterior permite considerar *La Reconquista de Talamanca* como un texto de transición que se muestra consciente de las limitaciones del discurso liberal para hacer frente a una realidad para la que sus repuestas parecen insuficientes, pero que no llega a insertarse dentro de la narrativa social que proclamará la caducidad del modelo liberal y propugnará por otro basado en la solidaridad. Se trata, por lo tanto, de un texto que navega entre dos corrientes, sin llegar a optar en forma abierta por una de ellas; en suma, es un texto condenado a no satisfacer a nadie.

Notas

- 1 Me refiero a *La Reconquista de Talamanca. Novela costarricense: los desconciertos del discurso liberal*. Tesis de Maestría en Literatura Latinoamericana, Sistema de Estudios de Posgrado de la Universidad de Costa Rica, 2006.
- 2 La institución de Juan Santamaría como héroe nacional es un claro ejemplo del proceso retórico de homogenización de la población costarricense. El origen étnico de Santamaría fue uno de los mayores desafíos de la intelectualidad liberal al incorporarlo como símbolo oficial del discurso nacionalista. Su condición de mulato o mestizo, delatada por su apodo –el “Erizo”– y por la tradición oral alajuelense, exigió un blanqueamiento, de modo tal que pudiera ser presentado como modelo del ciudadano costarricense: blanco, de cultura europea, secular y respetuoso defensor de la institucionalidad liberal. Para un análisis detallado, véanse Palmer (1992) y Díaz Arias (2006).
- 3 Se define el otro interior como “objeto sin voz que debe asimilar como propia una voz ajena para adquirir la identidad enajenada que le impone el orden del discurso nacional oligárquico” (Quesada, 1998: 20).
- 4 A pesar de tales fracasos, la idea de la colonización europea persistió durante largo tiempo, incluso en el discurso de personas difícilmente tachables de racistas. Omar Dengo, en su defensa de los estudiantes negros de la Escuela Normal, argumentaba: “Y si efectivamente hubiese un peligro en la mezcla de razas, -cuestión muy compleja,- tal peligro se contrarrestaría con el esfuerzo que se hiciera por atraer europeos, de diversas nacionalidades, hacia las grandes zonas dolorosamente desiertas que el país posee” (1961: 230). Y José Figueres, en cuyo gobierno se promovió la integración de la población negra, afirmaba en 1943: “Aumentar la población, favoreciendo la inmigración europea fácilmente asimilable...” (2002: 272).
- 5 La inmigración se inició en 1872 y se mantuvo hasta 1920 con negros anglófonos provenientes de Barbados, Santa Lucía, Saint Kitts y, especialmente, Jamaica.
- 6 El concepto liberal de progreso económico y la orientación de la política agraria contemplaban varios “ejes fundamentales”: fomento agrícola (investigación, diversificación productiva y difusión del cambio técnico), política poblacional (proyectos de colonización, inmigración de mano de obra y migración interna), desarrollo de una red de comunicaciones (ferrocarriles, carreteras, puentes)

- y atracción de capitales extranjeros. Todo ello sería realizable gracias a la “existencia de un marco institucional consistente, que garantizara el orden, la paz y la ‘gobernabilidad’” (Viales Hurtado, 2000: 359 – 364).
- 7 La Constitución Política de 1871, vigente hasta 1949, establecía que los hijos de extranjeros serían considerados también como extranjeros, aun cuando hubiesen nacido en Costa Rica. Esta es la excusa legal para que a todos los negros se les llamase “antillanos” o “jamaicanos”, sin importar su lugar de nacimiento. En 1927, sólo el 2.7 % de los negros limonenses era costarricense, en tanto que en 1950 ya lo era el 49 % (Casey, 1979: 244; Viales Hurtado, 1998: 70; Putnam, 1999: 199). Para una descripción de los problemas de los negros de Talamanca para obtener la ciudadanía costarricense, véase Palmer (1986: 243 – 246).
- 8 Sobre el tema, Cros (2003: 39 – 56).
- 9 “Gente mala, pobre míster González nada tener en la cabeza –respondía el negro riéndose y abriendo la boca como un gajo de sandía, a la vez que con los gestos y el tono reticente confirmaba las malévolas sospechas” (LRT, 2006: 48).
- 10 “El negro, sobrecogido de espanto por la actitud sombría de González, le cogió una mano y suplicante susurró: “Recordar su promesa; usted conocer ya ese hombre: me mata” (LRT, 2006: 49).
- 11 “...arrepentido por la indiscreción, temía la cólera de su amo...” (LRT, 2006: 50).
- 12 “–Un balazo es lo que se merece esa fiera –remató el negro” (LRT, 2006: 55).
- 13 “...el retiro de la United fue un proceso iniciado hacia 1929, como efecto de la crisis económica” (Viales Hurtado, 1998: 88).
- 14 Dentro de la jerarquía organizacional de la plantación, los negros tenían, en efecto, mayor acceso a posiciones tales como las de oficinista, operador de locomotora, capataz de construcción y mantenimiento, y obrero semicalificado (guardafrenos, mecánico, reparador de línea, etc.) (Purcell, 1993: 34).
- 15 Al respecto, véase Viales Hurtado (1998: 155 – 158).
- 16 La sirvienta negra, en su única intervención en la diégesis, muestra también ser poseedora de un conocimiento privilegiado: ella es quien informa a Ana Teresa la fecha del cumpleaños de Porfirio Rojas. La voz narrativa la valora como “entrometida y parlanchina” (LRT, 2006: 42).
- 17 “Desenvainó con rabia el machete y cruzó a cintarazos al negro hasta dejarlo tendido, sobre la hojarasca del bananal, casi sin conocimiento” (LRT, 2006: 51).
- 18 La descripción física que se da de él hace pensar en un mestizo: “un chiricano adusto que al mover los gruesos labios amoratados mostraba los incisivos afilados en punta...” (LRT, 2006: 50).
- 19 Pakkasvirta (2005b: 18) ubica el origen del discurso periodístico sobre el “peligro negro” a inicios de la década de 1930.
- 20 La compañía bananera, además, estimuló las tensiones raciales con su política de mantener una sobreoferta de trabajadores para mantener bajo el nivel de salarios (Botey Sobrado, 2005: 21).
- 21 En 1935, año de aparición de *La Reconquista de Talamanca*, el periódico *La Tribuna* informaba que estaba “prohibido el ingreso de turistas de la raza de color al país” (9 de julio, p. 1) y, poco después, señalaba la ampliación de la restricción: “Cerradas nuestras fronteras para los hebreos y los individuos de la raza de color” (28 de agosto, pp. 1 y 5).
- 22 El término racismo remite a un comportamiento (prácticas de odio y menosprecio en contra de personas marcadas por características físicas diferenciadoras respecto del sujeto enunciador) y a una ideología (basada en el supuesto de la existencia de razas, la continuidad de lo físico y lo moral, la creencia en razas superiores y la necesaria eliminación de las tildadas como inferiores) (Jiménez Matarrita, 2002: 206).
- 23 La situación de los balnearios públicos de Limón es un ejemplo de tales conflictos. Las autoridades municipales determinaron la segregación racial, por lo que a los negros se les vedaba el acceso al de la ciudad y debían frecuentar en exclusiva uno situado en playa Piuta, en las afueras, que era el destinado a las prostitutas. La comunidad negra esgrimió argumentos legales para mostrar su repudio: “I have not yet seen a reformation of the Magna Charta of Costa Rica so am still of the belief that all citizens, regardless of colour, have the same rights to everything Costa Rican”. 1935 *Against Discrimination*, en *La Voz del Atlántico*, 14 de setiembre, p. 6. En cuanto a los argumentos legales de algunos negros en contra de las restricciones que les imponían los contratos bananeros, véase Viales Hurtado (1998: 158 – 160).
- 24 En el bisemanario católico *La Época* (14 de abril de 1935, pp. 1 y 8) apareció un artículo, “Los hijos naturales y el periódico La Hora”, que denunciaba el carácter nocivo del periódico dirigido por Marín

Cañas y citaba como ejemplo un párrafo entresacado de *La Reconquista de Talamanca*.

- 25 Las crónicas periodísticas abundan en expresiones de indignación y repulsa ante los casos de incesto. Véase: 1934 *Terrible caso de degeneración moral*, en *La Hora*, 30 de enero, p. 7; 1934 *4 Incestos*, en *La Hora*, 3 de febrero, p. 2; 1934 *Incesto*, en *La Hora*, 5 de enero, p. 2.

Bibliografía

- Acuña Ortega, Víctor Hugo. 1994. "Nación y clase obrera en Centroamérica durante la Época Liberal (1870 - 1930)". En Molina, Iván y Palmer, Steven (eds.). *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800 - 1950)*. San José: Editorial Porvenir.
- Alvarenga Venutolo, Patricia. "La inmigración extranjera y la nación costarricense". En: *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, <http://www.denison.edu/istmo>.
- Anónimo. 2006. *La Reconquista de Talamanca. Novela costarricense*. San José.
- Bhabha, Homi. 2002. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
- Botey Sobrado, Ana María. 2005. *Costa Rica entre guerras: 1914-1940*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Casal, Sara. 1934. "Fiesta de la Raza". En *Revista Costarricense*, n.º 171: 401-402.
- Casey Gaspar J. 1979 *Limón: 1880 - 1940. Un estudio de la industria bananera en Costa Rica*, San José, Editorial Costa Rica.
- Cros, Edmond. 2003. *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Dengo, Omar. 1961. *Escritos y discursos*. San José: Ministerio de Educación Pública.
- Díaz Arias, David. 2006. *Historia del 11 de abril. Juan Santamaría entre el pasado y el presente (1915-2006)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Figueres Ferrer, José. 2002 "Respuesta del señor José Figueres Ferrer", en Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales (ed.). *Ideario Costarricense. Resultado de una encuesta nacional*. San José: EUNED, 271 - 273.
- Jiménez Matarrita, Alexander. 2002. *El imposible país de los filósofos. El Discurso filosófico y la invención de Costa Rica*. San José: Ediciones Perro Azul.
- Molina, Iván. 2002. *Costarricense por dicha: identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Murillo Chaverri, Carmen. 1995. *Identidades de hierro y humo: la construcción del ferrocarril al atlántico 1870-1890*. San José: Editorial Porvenir.
- Palmer, Paula. 1986. "Wa'apin man". *La historia de la costa talamancaña de Costa Rica, según sus protagonistas*. San José: Instituto del Libro.
- Palmer, Steven. 1992. "Sociedad Anónima, Cultura Oficial: Inventando la Nación en Costa Rica (1848-1900)". En Molina, Iván y Palmer, Steven (eds.). *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750 / 1900)*. San José: Editorial Porvenir, pp.
- Pakkasvirta, Jusi. 2005. "El Caribe, la 'otra' nación: el caso de Costa Rica". En: Pakkasvirta

- J. y Wilska K. *El Caribe centroamericano*. Helsinki: Publicaciones del Instituto Renvall, 13 – 21.
- Purcell, Trevor. 1993 *Banana fallout. Class, color and culture among west indians in Costa Rica*. Los Ángeles: University of California.
- Putnam, Lara. 1999. “Ideología racial, práctica social y Estado liberal en Costa Rica”. En: *Revista de Historia*, n.º 39: 139 – 186.
- Putnam, Lara. 2002. *The Company they kept. Migrants and the politics of gender in Caribbean Costa Rica, 1870 – 1960*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Quesada, Álvaro. 1998. *Uno y los otros. Identidad y literatura en Costa Rica 1890 – 1940*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Quesada, Álvaro. 2000. *Breve historia de la literatura costarricense*. San José: Editorial Porvenir.
- Rothe A. 1987. “El papel del lector en la crítica alemana contemporánea”. En Mayoral J. A. (ed.). *Estética de la recepción*. Madrid: Arco / Libros S.A., 13 – 27.
- Sánchez, Cristián Marcelo. 2003. *Las esferas de la memoria*. Heredia: EUNA.
- Sánchez Mora, Alexánder. 2006. *La Reconquista de Talamanca. Novela costarricense: los desconciertos del discurso liberal*. Tesis de maestría. Universidad de Costa Rica.
- Sotela, Rogelio. 1942. *Escritores de Costa Rica*. San José: Lehmann.
- Viales Hurtado, Ronny José. 1998. *Después del enclave 1927-1950. Un estudio de la Región Atlántica Costarricense*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Viales Hurtado, Ronny José. 2000. “Libre cambio, universalismo e identidad nacional: la participación de Costa Rica en las exposiciones internacionales de fines del siglo XIX”. En: Molina, Iván y Enríquez, Francisco (eds.). *Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 357 – 387.

